

AMENA LITERATURA.

REVISTA

CIENCIA ECONÓMICA.

SALMANTINA.

AGRICULTURA.

PERIODICO LITERARIO

ARTES É INDUSTRIA.

propagador de toda clase de conocimientos.

Este periódico sale todos los Domingos. Su precio:

Por un mes, llevado á domicilio. . . 4 rs.

Por id. fuera de la Capital, franco. . . 5 rs.

Se suscribe en Salamanca en la Imprenta y librería de *D. Telesforo Oliva*, calle de la Rua; fuera de ella en los puntos designados en el Prospecto, ó por libranza sobre Correos en carta franca.

GLOBOS AEREOSTATICOS.

El exámen atento de los fenómenos de la naturaleza y la reproduccion artificial de ellos cuando es posible, han contribuido de un modo poderoso á la investigacion de las grandes leyes de la misma.

Los físicos antiguos á quienes debemos trabajos de la mayor importancia no han seguido siempre este camino, único que podia conducirles al perfeccionamiento de la ciencia. Considerando el mundo á su antojo pretendian, en el silencio de su estudio, que se amoldase á su capricho, cayendo por consecuencia en errores harto lamentables. En el dia á la discusion teórica se asocian los fenómenos prácticos; ó por el contrario convencidos los ojos se habla á la razon, y de esta manera la inteligencia mas vulgar no tarda en comprender la maravillosa armonia que existe entre los fenómenos que se suceden en el planeta que habitamos.

El pensamiento de lanzarse el hombre á las regiones aereas, ha bullido en su

mente desde una época bien lejana por cierto, aun para aquellos á quienes era enteramente desconocido el luminoso principio de Arquimedes, base fundamental de semejantes aplicaciones; pero no se crea que la construccion de los globos aereostáticos fuese el resultado inmediato de sus ansiados proyectos, sino que tomaron por modelo el vuelo de las aves.

En efecto al considerar el hombre que las aves por su organizacion especial, y por un instinto admirable, conocen los vientos mas adecuados á su modo de vivir, que dirigen su rumbo sin brújula, elevándose sobre las regiones de las tempestades, y atraviesan el espacio con velocidad inmensa, envidió la suerte de estos seres, y se consideró rebajado al contemplarse apegado á la tierra; estas reflexiones hijas de su orgulloso afan, dieron origen á la construccion de unos aparatos por medio de los cuales pudiera admirar á su gusto el magnífico panorama del mundo.

En las memorias de la Academia de ciencias de París se lee que ya en el siglo XV Juan Bautista Dante, consiguió por

medio de un aparato lanzarse al aire, atravesando varias veces el lago de Trasi-meno; pero en razon á los movimientos escesivos, rompióse uno de los muelles quedando mal parado de su ensayo. La misma suerte y por igual motivo cupo pocos años despues al italiano Bollori y á los ingleses Cok y Olivier.

Desforges queriendo armonizar los movimientos físicos con los producidos por la accion vital, imitó en lo posible con un mecanismo las alas de los insectos, pero despues de muchos ensayos no fue mas afortunado que sus predecesores, ni que los Sres. Baqueville y Calais. Estas tentativas infructuosas aunque laudables cuando se reflexiona su objeto, hicieron que se abandonase aquel sistema, buscando la navegacion por los aires en vez del vuelo, objeto primordial de sus cálculos. Entonces podemos decir que comienza la construccion de los globos aereostáticos.

El inglés Bacon, teniendo en cuenta el célebre descubrimiento de Arquimedes, de que todo sólido al sumergirse en un fluido pierde tanta parte de su peso, como pesa el volumen de fluido desalojado, fue el primero que tuvo la feliz idea de construir aparatos flotantes á que se dió el nombre de globos aereostáticos; reducense tal como hoy se construyen, á un gran elipsoide de tafetan, tela, &c. &c. que se llena de gas; una redcilla que envuelve al globo sostiene la barca donde ha de colocarse el areonauta, y una válvula colocada en la parte superior permite que este determine la salida del gas al pasar por capas de aire mas y mas enrarecidas. No entraremos en detalles respecto del modo de producir el gas que ha de llenar el globo, del como se llena este, ni tampoco acerca de la naturaleza de la cubierta; pero si diremos que las primeras ascensiones no se verificaron en aparatos como el que acabamos de describir.

En 1670 el jesuita J. F. Lana inventó uno compuesto de cuatro globos de cobre sumamente delgados, de los cuales hizo suspender una barquerola con su correspondiente vela; la diferencia de presiones á causa del vacio verificado en dichos globos, hizo en efecto que este hom-

bre ingenioso, pudiera vencer una de las mayores dificultades cual era la de poder elevarse; pero como estaba sujeto á girar á merced del viento, en razon á que la vela ningun papel desempeña en esas regiones, se espuso á peligros terribles, por los que tuvo que abandonar su proyecto.

El año de 1776 estudia Cavendish el hidrógeno que ya se conocia á principios del siglo, y entre otras propiedades físicas observa que tiene un peso específico representado por 0,0691, es decir 14 veces mas ligero que el aire; esto bastó para que el Dr. Brack de Edimburgo llenara diferentes cuerpos con dicho gas, abandonándolos á la libre accion del aire; y ellos como era natural en virtud de las leyes generales de la gravedad subian hasta tocar en capas de una densidad muy próxima á la suya, puesto que la física nos enseña que los cuerpos se mantienen en equilibrio en un fluido siempre que el peso del cuerpo sea igual al del fluido desalojado, que el centro de gravedad de ambos se hallen en una misma vertical, y que únicamente la condicion de estabilidad será diferente respecto de la colocacion del punto llamado metacéntrico.

Con la aplicacion del hidrógeno para llenar los globos aereostáticos coinciden los ensayos verificados por los hermanos José y Esteban Mongolfier en Francia, pero no se valieron del cuerpo simple mencionado, sino que llenaron sus globos con el aire mismo enrarecido por la fuerza repulsiva del calórico; verifican diferentes ensayos en Anonai su patria en medio de apiausos y á presencia de las personas mas notables del pais; entusiasmados con tan buenos resultados, se trasladan á París donde repiten diversas ascensiones á las que asisten las personas reales y algunos sábios, que no tan solo apoyaron á los célebres areonautas, sino que participaron de sus peligros subiendo en la misma barquilla que ellos en Setiembre de 1783 desde los jardines de Muelle, yendo á descender despues de atravesar el Sena al otro lado de París sobre el camino de Fonteneblau.

La oblicuidad que toman los globos al tiempo de partir, el fuego necesario para

sostener el enrarecimiento de aquella atmósfera, especial y por consiguiente la fácil combustión de la tela, demostraron bien pronto que aunque dignos de ocupar los ya mencionados hermanos un lugar muy preferente entre los hombres dedicados á este ramo, era preciso usar los globos llenos con el hidrógeno.

Convencido de esto el joven profesor de física en Paris M. Charles llenó con el espresado gas uno de 11 pies de diámetro, y á pocos minutos se perdió entre las regiones del viento, cayendo á los tres cuartos de hora á cinco leguas del punto de elevación.

Para demostrar la confianza que devia inspirar su método, construyó un globo en el cual se elevó con Robert, y en este célebre viaje recorrieron en dos horas cerca de nueve leguas, llegando á separarse unos 3000 pies de la superficie terrestre, ¡jamás experiencia alguna ha excitado tanto la curiosidad, segun nos refiere Pouillet!: todo el pueblo de París estaba en movimiento; las plazas públicas, la cima de los edificios y los parajes mas elevados de la población se veían llenos de espectadores. Un cañonazo fue la señal de partida y el globo se elevó como un meteoro sobre el horizonte, causando maravilloso efecto en virtud de los adornos con que iba engalanado y que los rayos del sol iluminaban.

Charles tuvo bastantes imitadores; por ejemplo, Blanchar, Jeffieres, Rozier y Garnerin, que hicieron muchas ascensiones en diferentes puntos de Francia, Alemania, Bélgica é Inglaterra. El primero de estos aereonautas disputó el invento del para-caidas con M. de Garnerin; redúcese á una especie de paraguas desplegado, el cual en razon á su superficie opone la resistencia precisa á las columnas de aire que en él chocan, determinando por consiguiente la lentitud necesaria para poder descender con felicidad. Sin embargo, como la acumulacion del fluido atmosférico suele verificarse con fuerte agitacion en la superficie inferior del para-caidas, ha habido que lamentar muchas desgracias al tiempo del descenso, y por eso se ha modificado moderna-

mente poniendo en su parte superior un tubo cilíndrico por el cual pueda salir el aire y no ejercer tan grande tension.

Hasta ahora no nos hemos ocupado de los globos aereostáticos sino como medios propios para escitar la curiosidad en espectáculos públicos; pero las ciencias tambien debían sacar su provecho, y en efecto ascensiones verificadas por sábios físicos han hecho conocer en parte esa multitud de capas que envuelven la tierra que habitamos, ese gran laboratorio en que la naturaleza reúne los gases desprendidos, los satura, descompone y volatiliza, ó los condensa y precipita para subvenir á las necesidades del reino animal, vegetal y mineral.

Entre los diversos viajes emprendidos con objeto verdaderamente científico, debemos señalar los realizados en Francia en 1804 por dos hombres ilustres, MM. de Gaylusac y Biot. En su primera excursion subieron á una altura de 13.000 pies é hicieron experiencias numerosas respecto al estado eléctrico y temperatura del aire.

Con entusiasmo verdaderamente científico y apesar de los funestos accidentes que observó Gaylusac en su compañero, volvió á emprender un segundo viaje subiendo á la altura de 7400 metros, una de las mayores á que hasta el presente se ha llegado, por cuyo medio pudo legar á las ciencias las siguientes observaciones.

El termometro bajó en aquellas capas atmosféricas á 40°, experimentando por consiguiente un frio escesivo; el estado de sequedad del aire era tan grande que los cuerpos ávidos de humedad se contraían, los líquidos faltos del influjo de la presión se evaporaban, y los fluidos animales como la sangre, empezaron por la misma causa á salirse de los vasos en medio de una respiracion anhelosa. Todo contribuye á esas fuertes hemotisis que frecuentemente experimentan los aereonautas, al atolondramiento, vértigos, &c. Suspendidos en medio de los espacios con un aire tan enrarecido, ningun ruido se siente, puesto que falta, ó al menos no tiene las condiciones que debe, el aire vehiculo conductor de las ondas sonoras;

la voz misma del físico citado dejó de hacerse perceptible, y si á esto añadimos el color negruzco que ofrece el cielo, podremos hacernos cargo de aquel espectáculo tristísimo, solo comparable como dice muy bien Gaylusac á la mansion de los muertos. La columna barométrica señaló 26 pulgadas, pero la disminucion en las oscilaciones magnéticas de que habla Roberston las niega dicho físico; sin embargo en la *Revista militar* de 25 de Noviembre de este año he visto un artículo suscrito por el Sr. D. C. X. Sandoval, en que indica con referencia á la *de los dos Mundos*, que ha vuelto á notarse este año por Godard y por M. Ivan Mazuef desde la altura de 5760 metros en el curso del viaje aereo que verificaron desde París á Spa. El Sr. Sandoval no obstante que verificó una ascension, dice no haber notado ninguna suspension magnética, si bien es verdad que su brújula era muy pequeña.

Concluiremos manifestando que el uso de los globos aereostáticos, aun sin alcanzar la resolucion del problema que tanto agita hoy la mente de muchos sábios y de muchos locos respecto de darles direccion, ha de ser de una utilidad inmensa; utilidad que indudablemente se estaria palpando si Napoleon en un rato de mal humor no hubiera disuelto la escuela de aereostacion de Meudon apesar de los servicios que prestó á la Francia en Charleroi y Fleurus; por otra parte las operaciones geodesicas y topográficas habrian recibido igualmente un poderoso auxilio.

ANGEL V. Y PINTO.

S. JUAN DE LA CRUZ,

Y EL CONVENTO DEL CARMEN DE SALAMANCA.

Hacia el año de 1306 se fundó en Salamanca un convento de PP. Carmelitas quienes creciendo con los tiempos en virtud y poder alcanzaron gran lustre en la última mitad del siglo XVI y tuvieron la

gloria de legarnos dos recuerdos de los mas interesantes de su época: las obras de S. Juan de la Cruz, y un magnifico edificio. ¿Quién era S. Juan de la Cruz? ¿Qué representa como obra de arte el monumento del Carmen?...

Fraile dado á las místicas contemplaciones, vivió S. Juan de la Cruz como abstraído del mundo que le rodeaba, y aunque al parecer se ocupase solo de la vida espiritual, desempeñó un papel importante en los negocios temporales de su siglo. Fué el XVIº, periodo de acalorados debates y porfiadas luchas: la autoridad y el individualismo, el principio de lo pasado y el que entonces representaba lo presente, asi discutian en las polemicas religiosas y científicas como peleaban en los campos de batalla. Cada cuestion entraba en el comun palenque á combatir en pro del partido que mejor se acomodaba á su caracter, y por mas que encontrados fueran sus esfuerzos y contradictorias sus intenciones sirvieron todas al comun progreso. La Alemania dió al mundo á Lutero, y con Lutero el espíritu del libre ecsamen. La España dió al mundo á D. Juan de Austria y á San Ignacio de Loyola, ilustres defensores ambos del catolicismo; y si gran conquista fue la del libre pensamiento, gran victoria fué la de Lepanto, y trascendental proyecto el que reforzó el catolicismo con la Compañía de Jesus.

No nos cumple ecsaminar ahora la influencia histórica de estos acontecimientos, bástanos consignar que constituida entonces nuestra nacionalidad en nombre del catolicismo salvó á la Europa del poder Otomano, y aspirando á perpetuar la influencia del principio católico intentaba reformar los abusos que en él introdujera la incuria de los tiempos.

Esta fue la empresa de S. Ignacio de Loyola, y á ella asoció su vida el fraile de que nos ocupamos. Nacido de condicion humilde, pero honrosa, en el año de 1542 dió en sus primeros años muestras de caracter religioso y desde su patria, la villa de Ontiveros, pasó al hospital de Toledo donde se distinguió por la dulzura de su genio. Profesó luego en el convento

Carmelita de Santa Ana en Medina, y desde allí vino al que la orden tenía en Salamanca para estudiar en su célebre Universidad. En ella fue donde la ciencia desarrolló sus vastas facultades y donde el encuentro con Santa Teresa le hizo concebir sus planes de reforma. Sin el espíritu aventurero de San Ignacio de Loyola, antes bien de carácter contemplativo, juntaba á la santa calma del misticismo la energía de una fé incontrastable; y ocupado sin cesar de la vida futura llenaba su misión terrestre con la serena tranquilidad de un estoico. A ese doble carácter se debe el extraño contraste que aparece entre su vida y sus escritos. Son estos la expresión de su pensamiento cuando en alas de la fé se alzaba á la contemplación de lo infinito; mas no podía entonces quebrar del todo los lazos que le unían á la tierra, y por eso sus ideas profundamente místicas se manifiestan en formas que pudieran parecer profanas á los que no examinen el sentido teológico que encierran.

Su vida llevó al contrario el sello de un perfecto conocimiento de los negocios de su tiempo. Si el principio de autoridad rudamente atacado por la reforma de Lutero, no había de sucumbir en la lucha, era preciso modificarle en sus aplicaciones, acomodarle á la situación de la época y corregir muchos de sus vicios que á la sombra de la tradición querían sostenerse: las órdenes religiosas sobre todo se resentían de la general corrupción, y para mantener en pie ese ejército permanente de los pontífices, era indispensable reorganizarle y hacerle apto para la pelea. Por eso San Juan de la Cruz acometió la empresa de reformar la orden del Carmen que antes había comenzado Santa Teresa, y la llevó á cabo, sin que le detuvieran las persecuciones y trabajos que se le opusieron.

Retirado primeramente en el desierto de Duruelo, fundó en una modesta casa la primera de su orden reformada, y como la fama de su santidad creciese en ofensa de sus antiguos compañeros, quisieron estos desembarazarse del importuno censor por medio de la persecución

y de la intriga. Lleváronle preso á un convento de Toledo, donde le hicieron sufrir ásperas penitencias y ultrajes, que en vez de humillar su entereza, sirvieron para avivar su fé y estimularle á continuar la obra. Así lo hizo en cuanto halló ocasión de escapar del encierro, y unido con otros de sus correligionarios, logró de Gregorio XIII la confirmación de su reforma, por la cual se constituía á los carmelitas descalzos en provincia separada de la orden del Carmen.

Floreció desde entonces la nueva institución bajo el amparo de los fundadores que alentados con su primer éxito, la estendieron rápidamente por toda España, y tanta importancia adquirieron que fueron organizados en congregación por Sixto V. Poco tiempo después (1591) murió en Ubeda San Juan de la Cruz, ocupando uno de los primeros puestos de su orden y llevando al sepulcro la satisfacción de ver asegurada su obra. Nosotros no la calificaremos porque si contribuyó á fortificar en España el principio de autoridad, todavía no está decidido si valen mas los adelantos del individualismo que el estacionamiento á que aquellos condenara.

También brilló en Salamanca un reflejo del sol de San Quintín. En memoria de esta batalla se fundó la octava maravilla, y fué un bello recuerdo suyo el convento del Carmen que en las afueras de la ciudad se edificó en 1581, bajo la dirección de Juan de Herrera. Fr. Juan de Montalvo y Fr. Juan de Orbea fueron según resultaba en el archivo del convento, los que eficazmente promovieron la obra para reemplazar el antiguo edificio arruinado un siglo antes por una avenida del Tormes. Satisfechos debieron quedar, porque fundaron un monumento digno de la grandeza de su tiempo; y es que en efecto se muestra en él el gusto de Juan de Herrera, que en la sencillez de su arquitectura reflejaba el severo carácter de Felipe II y del Santo Oficio, como si estuviese inspirado por el austero pensamiento que á estos dirigía.

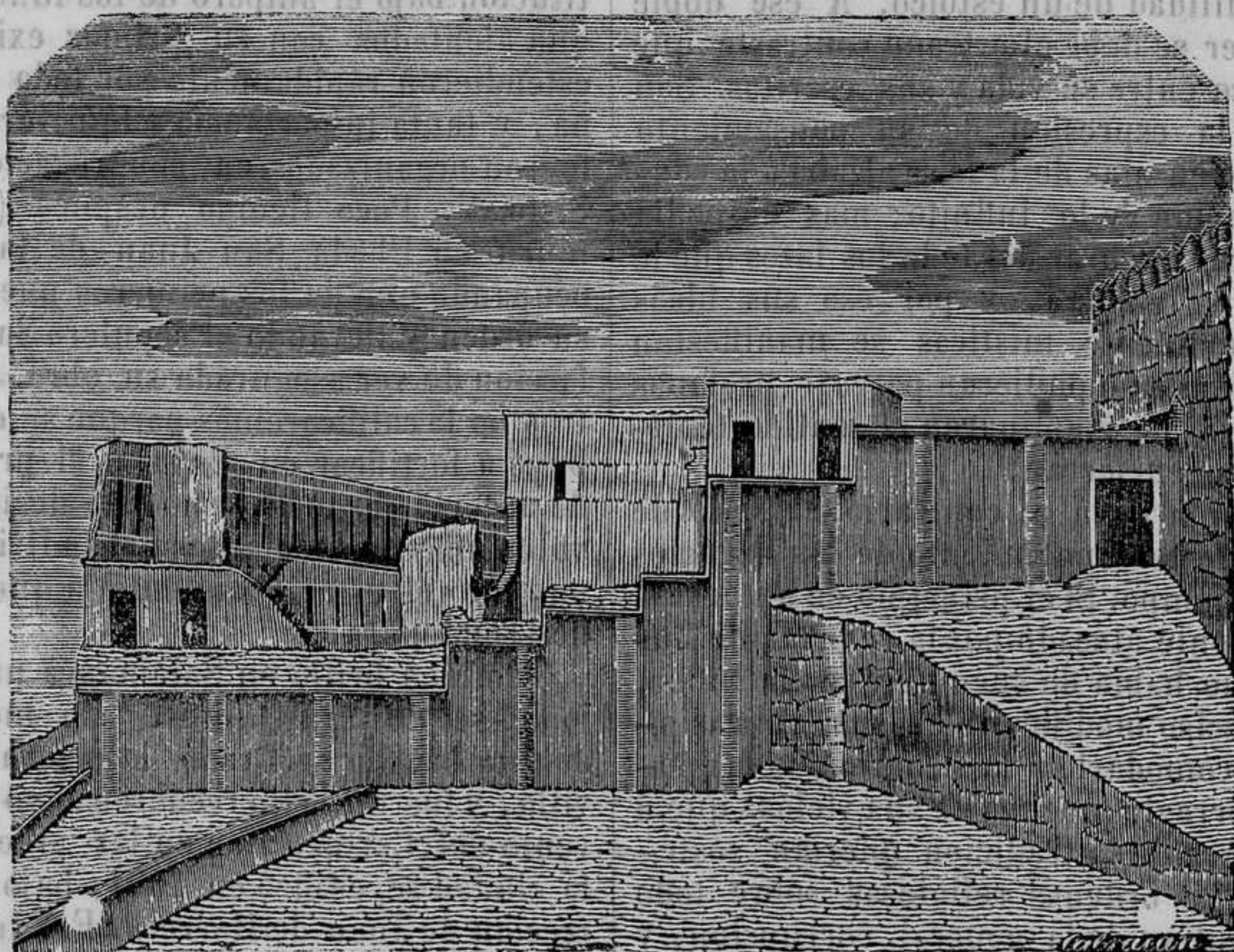
Para dar á conocer el edificio tal como antes se conservaba, nada podremos hacer

mejor que copiar la descripción que de él hace Pons en sus viajes.

«Cerca de la puerta de San Pablo, dice este distinguido crítico, en el lado derecho de la corriente del Tormes está el edificio de mejor arquitectura que hay en Salamanca, obra de Juan de Herrera y es, la iglesia de Carmelitas Calzados, cuya planta es cruz griega. Su portada se eleva en el atrio al cual se asciende por siete escalones espaciosos, que á manera de los del Escorial contribuyen mucho á la magnificencia. Tiene esta portada cinco

arcos que dan ingreso al pórtico. El primer cuerpo tiene doce pilastras pareadas de orden dórico, y el segundo otras tantas del jónico con su frontispicio y adornos de bolas y obeliscos, á los lados acompañan dos torres con sus cupulillas por cerramiento, y también las tienen las cuatro capillas que forman la cruz en el alzado. Los retablos son buenos, y las estatuas colocadas en ellos tiran al estilo de Gregorio Hernandez, particularmente la Santa Teresa colocada en el principal.»

Tal era el convento aun no hace mu-



chos años. Fácil hubiera sido entonces conservar la planta del edificio, pero ahora ni aun eso es ya posible. Han arrancado la escalinata, destruido el segundo cuerpo, en breve echarán por tierra el primero, y de aquel magnífico monumento no quedarán en breve ni aun las ruinas que ahora existen y que damos en nuestro grabado (*) ¡sunt lacrimae rerum!

(*) Esta vista es de la parte posterior del edificio tomada desde el espolon. En otro número daremos la de la fachada principal tal como estaba antes de arruinarse, si como esperamos podemos adquirir un grabado que la represente, y sino en su actual estado.

A tristes consideraciones convida su fúnebre aspecto. Esas ruinas atestiguan que también se ha derrumbado el poder que elevara tan soberbios edificios, y que ha perdido su virtud el principio social en que aquel se apoyara. Los claustros fueron algún día necesarios á la ciencia y á la civilización; pero hoy la civilización y la ciencia marchan sin ellos y por entre sus escombros. Cosa extraña y admirable: la ley de la historia es el progreso, la ley del progreso es el movimiento; los principios y los poderes hoy pujantes serán débiles y caerán mañana, cayendo con ellos los monumentos que ele-

váran á su gloria, y la humanidad si ha de continuar su camino, ha de continuarle por entre ruinas.

EDUARDO PEREZ.

BO NACIONAL.

La noche de Navidad.

—El viento del Norte frio por defuera brama ronco; echa en el fuego ese tronco, nos dará luz y calor. Y al son del chisporroteo de la leña que se abrasa, celebraremos en casa el nacimiento de Dios.

A ver. . . vino, el vaso llena.
—¿A la cama no hemos de ir?
—*Esta noche es Noche-Buena* y no es noche de dormir.

—Ha ya siglos, muchos siglos, que en humilde establo inmundo nació el Redentor del mundo y con él la Libertad. Pobre, como hijo del pueblo, no tuvo mantillas reales, sino miseros pañales que le dió la caridad.

A ver. . . vino, el vaso llena.
—¿A la cama no hemos de ir?
—*Esta noche es Noche-Buena*, y no es noche de dormir.

—Despues con dulces palabras predicó á la muchedumbre la igualdad, la mansedumbre, el trabajo y el amor. Mas como con su elocuencia al Infierno destruía, sobre el Hijo de Maria el Infierno se lanzó.

A ver. . . vino, el vaso llena.
—¿A la cama no hemos de ir?
—*Esta noche es Noche-Buena*, y no es noche de dormir.

—A su voz el viejo mundo que el mal socababa lento, se estremeció en su cimiento y amenazaba caer. Por eso los que vivian de la maldad se juntaron, y la muerte decretaron de Jesus de Nazareth.

A ver. . . vino, el vaso llena.
—¿A la cama no hemos de ir?
—*Esta noche es Noche-Buena*, y no es noche de dormir.

—Triste cruzar le vió el pueblo la calle de la Amargura, y luego en árida altura enclavado en una cruz. En ella, como otros justos, al fin murió entre ladrones. . . . pero en ella las naciones ven de su gloria la luz.

A ver. . . vino, el vaso llena.
—¿A la cama no hemos de ir?
—*No, porque hoy es Noche-Buena*, y no es noche de dormir.

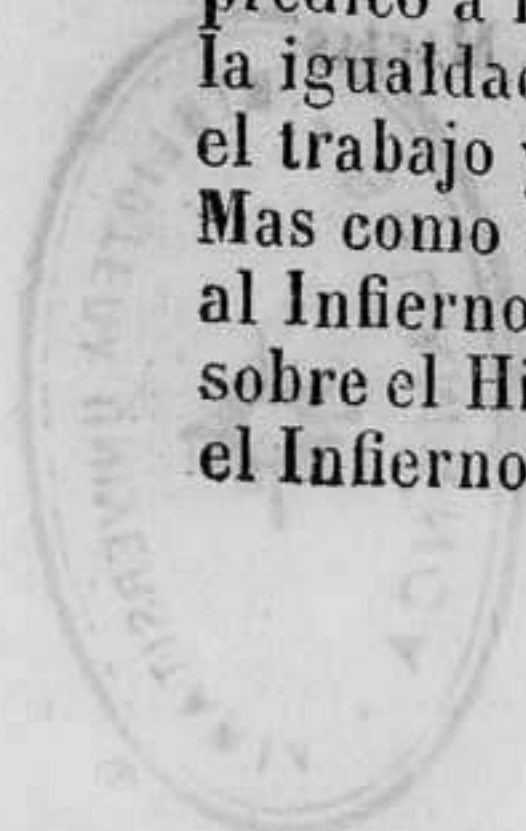
VENTURA RUIZ AGUILERA.

BLAJIA.

A UNA AMIGA.

Dícesme amiga que angustiado Horro Al dolorido son de mis cantares Y que en mi amarga soledad devoro El llanto que me arrancan los pesares.

Me dices que le enjuge ¡ Oh fiel paloma! ¿Qué sabes tú de duelo y desventura? Si aun á tus ojos cándidos no asoma La lágrima primera de amargura.



¿Qué sabes tú purísima gacela
De las del alma horribles tempestades?
Si en vez del noto el aura siempre vuela
En las que moras dulces soledades,

Si en medio de esas rocas campesinas
De la tórtola escuchas el arrullo
Y la voz de las tiernas golondrinas
Y de la fuente limpida el murmullo,

¿Cómo has de comprender al que tan solo
Oye gemir la voz omnipotente
De la tormenta conmoviendo el polo
Y el fragor del horrisono torrente?

¿Cómo has de comprender á quién dió el cielo
Un corazon para llorar nacido,
Un corazon que en su angustioso anhelo
Para cada dolor tiene un latido?

Tú no me viste, perla enamorada,
Tú no me viste en los amargos días
En que mi inteligencia ya apagada
Tan solo tuvo lágrimas sombrías.

Como se alza fugitiva ola
En alas del errante noto incierto
O cómo palma que se eleva sola
En desolado fúnebre desierto.

Así á mi corazon únicamente
El llanto le quedó, palma sombría
Que se elevaba en el desierto ardiente
Y ola veloz que el aquilon mecía.

Aun entonces lloré; mi inteligencia
Jamás perdió la luz de los dolores,
La flor se alzaba sin lozana esencia
Entre horribles abrojos punzadores,

Y en vano huir ansiaba de mi mismo
¡Ilusion! prorrumpí, que huir no puedo,
¡Ay que mi corazon es un abismo
No le penetres nó, te dará miedo!

Abismo si de lúgubres pesares
Porque el crimen jamás manchó mi seno,
Abismo en medio de los hondos mares
Dó retumba la voz del ronco trueno.

Escollos donde quier, olas sombrías,
Desiertas playas, tristes arenales,
Sin claros soles enlutados días,
Páramos de dolor, mustios heriales,

Esto me queda en mi sombría calma
Y no me digas, niña de mi vida,
Que la que atormentó mi triste alma
Ya se cicatrizó profunda herida.

¡Ay! no lo creas, no, pon en mi seno
Tu blanca mano de marfil hermosa
Y sentirás hervir siempre el veneno
Que emponzoña mi vida dolorosa.

¡Ay! no lo creas, no, que las del alma
Jamás se cierran fúnebres heridas,
Corazon del que huyó una vez la calma
Para siempre sus dichas ve perdidas.

Peró ¡ay de mi! que tus hermosos ojos
Con ligero vapor cubrirse veo,
¡Lloras también! hollaste los abrojos
Que yo en mi tormentoso devaneo.

¡Lloras también paloma enamorada!
¿Quizá te ha herido mi angustiado acento?
¿Por mi dolor acaso arrebatada
Sabes sentir como yo solo siento?

También ostentas en tu blanca frente
De la amargura la cruel corona,
Comprendiste mi afan niña inocente,
Ya te hirió mi dolor, niña perdona!

Perdona sí, mi aliento emponzoñado
Ha envenenado el aura que respiras,
Late tu corazon atormentado,
¿Por qué tan triste con dolor me miras?

¿Has comprendido acaso cuán horrible
Será vivir con duelo tan intenso
Sin respirar un céfiro apacible
Que apague un punto este volcan inmenso?

¿Has comprendido cuán amargas horas
Serán las horas de mi triste vida?
¡Tú que un instante solamente lloras
Y te causa el pesar tan honda herida!

¿Has comprendido ya por lo que lloro
Al dolorido son de mis cantares?
¿Por qué en mi amarga soledad devoro
El llanto que me arrancan los pesares?

Lo has comprendido, si, como yo mismo
Paloma mia comprenderlo puedo;
¡Ay que mi corazon es un abismo
No le contemples mas, te dará miedo!

Enero 17 de 1851.

MANUEL VILLAR Y MACÍAS.



EL ESPÍA,

NOVELA POR FEDERICO SOULIÉ.

(CONTINUACION.)

En tanto el hombre de Estado á que nos hemos referido y que era objeto de la burla y alarma de sus cólegas se contentaba con responder tranquilamente: dejadme hacer, os ruego.—Pero al parecer nada anunciaba que hubiese puesto en juego sus recursos, pues nada ocurría en París que diese á entender la vigilancia ó traición de que era objeto Faviani. Su vida en efecto seguía siendo la misma; conducíase de modo que sin alarmar al gobierno francés, tenía en expectativa á las autoridades de Nápoles. Solo en una ocasión abandonó á Faviani su habitual prudencia y manifestó muy á las claras la vivacidad de sus opiniones.

Una noche, mientras estaba en la ópera en un palco bajo, hubo de pronto un gran movimiento en las lunetas, y todas las miradas se dirigieron hacia otro palco donde acababa de entrar una muger de singular belleza y rara elegancia. Era algo baja y delicada: su rostro ligeramente pálido estaba rodeado por ondas de negros cabellos que la caían esparciéndose sobre sus espaldas: largas y estrechas cejas coronaban sus brillantes ojos, cuyo resplandor se proyectaba á través de un velo de luengas pestañas que al bajar los párpados se dibujaban sobre su semblante apareciendo casi tan negras como las cejas: sus encarnados labios se destacaban también sobre la pálida blancura del cutis y el esmalte de sus dientes brillaba al sonreirse como los diamantes de su aderezo: una cruz de brillantes suspendida de un terciopelo negro colgaba del cuello: llevaba un vestido de color de rosa, de tissu de cachemira guarnecido de blondas negras que contrastaban singularmente con su marmorea blancura: sus desnudos y delicados brazos estaban ceñidos por braceletes de terciopelo negro cerrados con grandes broches de diamantes;

sus manos resplandecían cubiertas de sortijas, y fácilmente pudiera adivinarse que era una estrangera.

Habiase fijado la atención de todo el teatro en el palco que ocupaba esta muger, y la Marquesa misma se había inclinado muchas veces fuera del suyo para admirar tan sorprendente belleza, cuando Faviani arrastrado por el general ejemplo se decidió á juzgar por sí mismo de los elogios que su Fiavilla prodigaba á la desconocida. Había sido notado el movimiento de la marquesa y llamó la atención de la estrangera; así fué que cuando Faviani se adelantó para mirarla vió sus ojos fijos en él y bien pronto un ligero saludo le dió á entender que era reconocido. Contrájose al ver esta señal el rostro de Faviani y se retiró prontamente de la delantera del palco sin desenvolver la leve salutacion á la que se la había hecho.

—Conoces esa hermosa muger? le dijo Fiavilla.

—Y también tu la conoces, respondió Faviani.

—No, repuso la Marquesa, dirigiendo sus miradas al palco de la desconocida que encontró digna de ser considerada; no, si alguna vez hubiera visto su rostro me hubiera impresionado lo bastante para no olvidarle; no, no la reconozco, repitió mirando á la estrangera cuyos ojos estaban clavados en ella.

—Quizá, respondió Faviani no la habrás visto; pero de seguro conoces su nombre; el de la condesa de Palla.

—La bella Octavia, exclamó Fiavilla, es ella? Y arrastrada por una curiosidad invencible volvió á mirarla y la halló ocupada en contemplar su palco como si quisiera penetrarlo con sus miradas. Volvióse entonces Fiavilla á su marido que leía atentamente un periódico, y le dijo sonriéndose.

—En verdad, amigo, que no eres justo: tu solo en Nápoles, me decías que la Condesa no era bella, y eso es no ser franco, ó carecer de gusto.

—Fiavilla, la contestó dulcemente su marido, qué muger puede parecer bella á tu lado? y luego añadió con cierta re-

pugnancia, la Condesa me desagrada, no puedo tolerar personas de su vida, y seguramente es mala recomendación la de la suya.

—Spaffa me ha dicho frecuentemente, que ha sido muy calumniada, dijo la Marquesa.

—Tal vez tendria Spaffa necesidad de que se le creyese, replicó Faviani sonriendo, porque el amor y la vanidad siempre desean ensalzar el ídolo á que ofrecen sus sacrificios; pero la ruina de algunos de nuestros mas ricos jóvenes será siempre un cargo de que no podrá sincerarse.

—Reparad que me habeis dicho que ninguno tenia derecho á quejarse, pues nada habia ella prometido en premio á tan brillantes homenajes y nada les habia otorgado.

—Sin duda, pero las coquetas saben dejar esperar algo mas atractivo y mas pérfido que su amor. Desde luego creo que no se hace por una muger mas de lo que quiere aceptar, y que siempre puede impedir las locuras de sus adoradores.

En aquel momento se abrió el palco de Faviani y entró un joven rubio, de agradable aspecto y esmerado traje.

—Oh! preciosa criatura! exclamó al entrar; la conoceis, Faviani, me presentareis á ella. Causa un motin de admiración, una embriaguez universal, todos hablan de ella; el pasadizo está obstruido; he prometido noticias tuyas porque he visto que os ha saludado. Es tan bella que haria estremecer á un santo. Quién es? De donde viene? Cómo se llama? Y al decir este flujo de palabras se inclinaba el joven para ver aquella muger maravillosa que estaba aun mirando hácia el palco de Faviani.

—En verdad, Sir Enrique, le dijo la Marquesa, tendiéndole la mano que estrechó con la familiaridad de un amigo, venis poco político; entráis trasportado en mi palco, y, sin darme las buenas noches me hablais con entusiasmo de la belleza de una muger, olvidando que estoy aquí, y que puedo tener pretensiones de parecer bella.

—Respecto á vos, eso se piensa, mas

no se dice, respondió formalmente Sir Enrique; vuestro destino en la tierra es ser un ángel, no ser bella; por el contrario esa muger, añadió recobrando su habitual alegría, aunque no la conozco, creo seguramente que vive para ser bella, que su belleza es su ambicion, su fin, su derecho, que preocupa su pensamiento, traspira en su conversacion, es su espíritu, su poder; que para ella nada hay sobre su belleza de la que se ha hecho esclava, y como busca homenajes tendrá los míos.

El Marqués habia dejado su periódico y escuchaba á Sir Enrique sonriéndose.

—Habeis juzgado bien á la Condesa, le dijo, sois un hombre tal como ella los entiende, y con tan buenas disposiciones adelantareis en su corte.

—No os inquieteis, por el camino que ella y yo hagamos juntos, solo os ruego que me presenteis; vamos pues, conducidme, porque estoy seguro de que os espera.

—Todo menos eso, respondió Faviani, no quiero ver ni recibir á la Condesa y no daré un paso que la autorizaria á visitarnos y á entablar relaciones que me serian desagradables.

—Oh! yo os lo ruego, dijo entonces la Marquesa, presentad á Sir Enrique á esa encantadora muger que ya le ha trastornado. Ved sino lo entusiasmado que se halla esta noche, habla, se exalta, se italianiza; mañana hará locuras, y como habrá de confiarmelas, esto promete ser muy entretenido.

—Favilla, dijo con gravedad Faviani, ninguna relacion con la Condesa por lejana que sea puede convenirnos.

Viendo Sir Enrique el tono decidido de Faviani no insistió mas, se colocó únicamente en la delantera del palco para admirar á su gusto la divina Italiana; el Marqués volvió á su lectura y Favilla quedó algo pensativa, cuando sonó un ligero golpe en la puerta del palco y se presentó en ella un joven Napolitano intimo de Faviani, saludó á la Marquesa y dijo á su marido.

—Perdonad si interrumpo vuestra lectura; pero vengo aquí en calidad de embajador.

Sir Enrique se volvió y Fiavilla se puso á escuchar atentamente.

—La Condesa de Palla, llegada de Nápoles trae para vos muchos encargos y recuerdos, quiere participaroslos y os espera.

—Y yo le acompaño, dijo inmediatamente Sir Enrique levantándose.

—Y yo no iré, replicó vivamente el Marqués. Sorprendiéronse todos de tan impolitica respuesta. Faviani continuó animándose en tanto que hablaba.—Debo deciros mis razones; no es una ligereza lo que me impide acompañaros, sino la profunda conviccion que tengo de que no es estraña la Condesa á las desgracias de nuestro pais, ni á las traiciones que han perdido nuestra causa.

—Oh! que idea! exclamó el jóven Napolitano, la Condesa de Palla á quien se ha llamado la *loca Octavia*, cuando no la *bella*?

—No abandona los salones de la embajada, dijo Faviani.

—Es parienta del embajador y su intervencion ha sido muchas veces útil á algunos de los nuestros, que gracias á ella han podido volver á Nápoles.

—Si, sé bien que intriga en favor de todo el mundo, repuso Faviani.

Al oír esta respuesta se levantó el jóven Napolitano, abrió la puerta del palco y saludando al Marqués le dijo:

—Veo que es imposible combatir una prevencion tan profunda, os dejo con sentimiento, y diré á la Condesa el mal efecto de mi encargo.

—Esperad, exclamó con viveza Fiavilla, eso es adquirir sin motivo una enemiga poderosa.

—Con ese título, como con otro cualquiera, respondió Faviani en alta voz, desprecio á la Condesa. Podeis decirla lo que gustéis.

Estremecióse Sir Enrique al oír estas palabras, porque al través de la abertura de la puerta vió á Octavia que paseándose del brazo de un diplomático austriaco pudiera haber escuchado á Faviani, y se apresuró á decir al jóven Napolitano.

—Decid mas bien á la bella de las bellas que el capitan Enrique Lawton,

amigo del Marqués de Faviani, desea prestarla sus respetos. Despues añadió por lo bajo dirigiéndose á Fiavilla, yo lo arreglaré todo.

—Entonces vamos al punto, contestó el jóven, porque os cedo con placer esta mision, con la cual confieso me encuentro embarazado.

Los dos salieron del palco y se presentaron en el de la Condesa. Acabado el espectáculo, la Condesa esperaba su coche en el peristilo del teatro hablando con Sir Enrique. Habíase formado un gran grupo al derredor de ella, y entre los murmullos que corrian en un circulo de elegantes podian oírse los elogios que se la dirigian. De pronto uno de los admiradores, mas entusiasta que los demas, exclamó dirigiéndose á un jóven que estaba inmovil al pié de la escalera.

—Venid, querido, venid á ver la muger mas bella.

La persona á quien se dirigian estas palabras contestó sin volverse.

—La muger mas bella?... Miradla, y designó una que bajaba por la escalera.

Estas palabras pronunciadas en voz alta llamaron la atencion de todos, que desviando sus ojos de Octavia los volvieron hácia la nueva belleza, hácia Fiavilla que bajaba del brazo de su marido; y tan ocupados estaban en considerarla que únicamente Sir Enrique pudo notar la iracunda mirada de la Condesa y la cruel expresion que tomó su semblante.

Aunque ninguna consecuencia produjo esta aventura, se ocuparon mucho de ella los refugiados Italianos que generalmente y en especialidad los mas enérgicos, agradecieron á Faviani lo que habia hecho. No se habló mas del asunto y ya parecia que nada podria recordarlo, cuando una sencilla casualidad ocasionó un nuevo encuentro, y no fué uno de esos singulares acontecimientos que aproximan estrañamente dos personas que deben asombrarse de ello, ni una de esas circunstancias sorprendentes que dan cierto aire de predestinacion á la vida, sino una de las mil cosas que pasan cada dia sin escitar la atencion.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

Viva quien baila.—Hay quien dice que nuestra nación se halla *paralizada* ¡error imperdonable! Preguntad al *espíritu de asociación* desarrollado en la capital de España, y él os mostrará por respuesta *diez y seis sociedades* dedicadas á solo el objeto. . . de *bailar*. Oid sus nombres: *la Juventud Española, el Hipodrom, la Juanita, Liceo Matritense, la Iberia, la Joven Española, la Ultima, la Rosa, la Española floreciente, la Silside, la amistad triunfante, el Vergel madrileño, la Perla madrileña, el Ariel, Delicias, y Parador de la Cruz.* ¡Dichoso síntoma! El baile revela la salud y la alegría. Esperamos que el ejemplo cunda á las provincias, aunque entonces le ocurriese á algun avinagrado Zoilo llamarnos nacion *de músicos y danzantes.*

Proyectos.—Dícese que se trata de volver á practicar los estudios de comunicacion por medio de un canal desde la ciudad de Zamora á la de Rio seco y Valladolid. Nosotros creiamos que semejantes estudios se hallaban ya efectuados bajo la direccion del Gefe de distrito D. Ramon del Pino, y que estaban calculados los gastos en cuarenta y tantos millones. En fin el estudiar nunca es malo, porque *saber no ocupa lugar*; pero seria conveniente que al mismo tiempo se reconociera si seria mas facil, ó mas útil, la habilitacion del rio Duero.

Oposiciones á prebendas.—Tres se han verificado en poco tiempo en esta Santa Iglesia Catedral: 1.^a á la Doctoralía, hubo cuatro contrincantes, y solo dos alcanzaron votacion; 2.^a á la Penitenciaria, se opusieron cinco, y cuatro consiguieron votos; 3.^a á la Magistral que acaba de proveerse, se presentaron cuatro opositores llevándose la uno por unanimidad.

Moralidad pública.—Sigue sin novedad. En esta última semana no nos han referido los periódicos mas que una media docena de asesinatos, y unos cuantos robos. Los ladrones parece que se van aficionando al dinero de las arcas públicas. Por estas y otras cosas S. S. anuncia un nuevo jubileo: bueno es ciertamente, pero que no se olvide aquello de *á Dios rogando &c.*

Estadística literaria.—Pasan de 500 los poetas españoles del siglo XIX, es decir los que han escrito é impreso alguna composicion en verso, ó cosa que á verso se parece. Como unos 200 las han reunido y publicado. Figuran en aquel número mas de veinte poetisas. Pueden calcularse en *mil* las obras dramáticas que se han

dado á luz, ó representado. La mayor parte de todo esto ha tenido lugar en los últimos 25 años, porque en los otros 25 dió pocas señales de vida nuestra literatura. En cambio las que dió fueron buenas.

¿Cuál hubiera sido mejor?—Con lo que el Rey Felipe II de España gastó en levantar el magnífico y suntuoso templo, monasterio y suntuoso palacio del Escorial, solo para inmortalizar la batalla de San Quintin, dice un historiador notable, se hubieran podido construir todos los caminos, todos los canales y todas las carreteras que la nacion necesitaba para dar vida y prosperidad á su industria y comercio; y con lo que le costaron los conatos que puso para vengarse de la reina Isabel de Inglaterra, porque no le quiso para marido, y para sujetar á sus vasallos los flamencos, que querian gobernarse con arreglo á su constitucion, bastaba para haber hecho la felicidad de casi toda la Europa.

Lealtad Castellana.—Estando preso el Duque de Alba D. Fernando Alvarez de Toledo, de orden del Rey Felipe II, no vaciló en confiarle el mando del ejército que destinaba á la conquista de Portugal. «Decid al Rey mi señor, respondió el duque al mensajero que le llevó la orden, que es el solo monarca de Europa que tiene vasallos que desde la carcel salen á darle nueva corona». Alba cumplió su palabra pues solo dos batallas bastaron para sujetar el Portugal.

Buena respuesta de un Pirata.—Despues de haber conquistado Alejandro Magno el Asia, le presentaron un famoso Pirata que habia apresado su Escuadra y preguntandole quien era, soy, dijo el Pirata, un hombre que ganó de comer apresando los buques que hallo en el mar con riesgo de mi vida, y me llaman ladrón, á mi que no tengo mas que un buque; y á ti que tienes una grande Escuadra, y un victorioso ejército, con el que saqueas y asolas reinos enteros, te llaman el Grande; á mi, me mandarás cortar la cabeza porque robo en pequeño y á ti te vitorean y aplauden porque lo haces en grande»: le perdonó Alejandro, y le tomó á su servicio.

Máximas de educacion.

El mejor laurel que puede coronar á un joven es el de una buena educacion.

El que no tiene educacion se asemeja á un cuerpo sin alma.

SALAMANCA:

Imprenta de D. Telesforo Oliva,

Calle de la Rua, número 25.